

guas de las manos de Matusalem, y ferozmente asido á su brazo, dió media vuelta, rompió el corro de los curiosos, pasó á la opuesta acera, marchando majestuosamente hácia el remanso de las Cuatro Calles.

Los circunstantes se quedaron mirando con la boca abierta.

Y decian unos:

— Es un calavera.

Otros:

— ¡Ca!..... está borracho.

Muchos:

— ¡Bah!..... está loco.

Calavera..... borracho..... loco..... ¿acaso no es lo mismo?.....

CAPÍTULO II.

La Serpiente.

Así llegaron á la esquina donde empieza la calle del Príncipe, y apenas dieron la vuelta, cuando Matusalem bajó con furia el embozo de su bufanda, y echando llamas por los ojos, dió rienda suelta á su comprimido enojo, prorumpiendo en estas palabras:

— Eres, Miguel, un sér execrable; tienes la vanidad de la miseria y has hecho de tus harapos una bandera de guerra contra tus amigos. ¡Oh! esto es abominable..... da vergüenza conocerte.

— Perdóname, dijo Miguel con aire compungido, pero no puedo verte con indiferencia; ejerces sobre mí una atraccion diabólica; lo acabado de tu *toilette*, lo correcto de tu vestido y lo primoroso de tu persona me

seducen de un modo invencible; me siento arrastrado hácia tí por un impulso secreto, que no acierto á explicarme. Te adoro y te detesto..... deseo abrazarte, y si te abrazo, te ahogo.

—Ésa es la envidia, que te devora.

—Sea; pero esta envidia es una pasión que me domina; tú no sabes el tierno placer que experimento cuando puedo hacer que te desesperes. Me inspiras ese amor impaciente con que la piedra se ve arrastrada al abismo. Eres mi vicio, porque te aborrezco y no puedo vivir sin tí. Te busco como la sombra al cuerpo. Verte y no jugarte una mala pasada me es imposible, absolutamente imposible.

—Pues mira, Miguel, es preciso poner término á esta persecucion abominable, ó de lo contrario me vengaré.

—Tu venganza sería para mí más dulce que la miel.

—Emigraré.

—Es inútil, porque yo te seguiria al fin del mundo.

—Eres un malvado; ¿qué daño te he hecho yo?

Miguel se detuvo pensativo, y Matusalem se quedó contemplándolo con curiosidad. Al fin dijo el primero:

—¡Daño!..... no se trata de eso; precisamente es todo lo contrario. Te debo los más vivos placeres de mi vida. Cuando voy por la calle te busco; cuando no te veo pienso en tí; cuando duermo, ¡ay querido Matusalem! cuando duermo te sueño. ¿Dónde vives?

Matusalem dió un paso atrás, exclamando:

—En el infierno.

—Lo creo; pero es lo mismo, porque á mí lo que me gusta es sorprenderte al volver una esquina, alzar súbitamente el brazo con un movimiento imprevisto y hacer que tu sombrero immaculado rueda por el lodo de la calle. Me gusta también esperarte á la entrada del teatro, seguirte sin que me veas, colgar sigilosamente en tu espalda un cartel y dejarte en paz. ¿Te acuerdas?

—No se me olvidará nunca; aquello fué horrible.

—Tú entras siempre en el teatro despues de alzado el telon; quieres que te vean, y

aquella noche quise yo que te conocieran; el cartel decia: *Matusalem*, y tu nombre resonó por todas partes en medio de los silbidos y de la risa de la concurrencia; tu éxito fué completo; yo lo presencié, y puedo asegurarte que obtuviste los honores de la funcion.

Matusalem rechinaba los dientes, diciendo:

—¡Ah! eso no se hace con nadie.

—No podía yo consentir que tu nombre permaneciera ignorado; vivias oscurecido, y te hice célebre. Todavía se indigna tu modestia, pero fué un acto de justicia; ya todo el mundo te conoce.

—Me vas á conducir al crimen, exclamó Matusalem ciego de cólera; porque, te lo juro, no puedo pensar en tí sin pensar en la estrignina.

—Muy bien; pero ten en cuenta que sólo me puedes matar de un modo.

—¿Cuál?

—Muriéndote tú.

—No lo esperes.

—¿Piensas vivir eternamente?

—Sí.

—Mejor; pasaremos juntos el resto de nuestros días.

—Pero bien; ¿qué quieres de mí?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué no me dejas gozar tranquilamente de la vida?

—Porque me moriría de tristeza.

—Deja esos harapos, sacude la miseria que te rodea, y me someto al rigor de tus insufribles bromas.

—Nunca; este gaban raído, este sombrero patibulario y esta corbata descolorida te aterran. Cuando te veo limpio y perfumado en medio del mundo en que vives, siento una necesidad invencible de acercarme á tí, tenderte la mano, coger tu brazo y llamarte mi amigo; tú te avergüenzas, porque todos te miran, y el pudor de tu hermoso vestido, de tu brillante corbata y de tu exquisito sombrero me enamora; tú te desesperas, y yo soy en aquel momento el hombre más feliz de la tierra.

—Pero vamos, Miguel, seamos razonables; ¿qué gusto tienes en vivir de esa manera? ¿no sabes que la miseria es la ignomi-

33839

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

nia? Todo se puede ser en el mundo ménos pobre.

— Bien; ¿y qué hago?

— El mundo, contestó Matusalem con aire sentencioso, es un jardín poblado de árboles; cada árbol te tiende sus ramas, ofreciéndote el fruto; no tienes que hacer ningun esfuerzo; alarga la mano y coge.

— ¿Y qué cojo?

— El gran fruto dentro del que se encierra el secreto de la ciencia, que todo lo sabe; de la grandeza, que todo lo quiere; de la fuerza, que todo lo puede: la manzana de oro.

— Eres un viejo imbécil; el oro es estúpido, ignorante é impotente.

— Blasfemas, exclamó Matusalem casi horrorizado; en pleno siglo XIX los tres elementos constitutivos del hombre civilizado son.....

— Veamos.

— Dinero, dinero y dinero.

— ¿Y dónde está?

— Hé ahí el secreto de nuestra civilización: en todas partes; en el siglo en que vivimos todo es oro.

— Ya..... te comprendo, dijo Miguel..... robaré.

— Estás desconocido; tú tenías talento, pero la miseria te ha convertido en bruto. ¡Robar!..... ¡oh qué atraso tan lamentable! ¡Robar..... esto es buscar el bolsillo ajeno por medio de una *ganzúa* ó de un trabuco! No; eso es ir á presidio ó ir al cadalso. En nuestra sociedad el robo es innecesario. ¿Quién roba ya? algun loco, algun tonto rematado. ¿Quién se atreve á luchar con las contingencias del Código, teniendo tantas puertas abiertas para llegar al colmo de la fortuna?

Bien; en ese caso trabajaré.

— ¡Trabajar!..... ésta es más negra. Convertirse en máquina, encerrarse en un escritorio ó en un taller, consumir la vida dándole vueltas á una rueda ó á una pluma, vender el sudor de la frente por un pedazo de pan, matarse para vivir, quitarse la vida para no morir. Eso es absurdo. El trabajo no enriquece; trabajar es morir, y vivir es gozar. Nadie trabaja tanto como un mulo; pues bien, ¿has visto tú algun mulo millonario?

—Te conocí, dijo Miguel, hace mucho tiempo, en la mesa de un café. Allí nos reuníamos habitualmente Medina, que ya no me conoce, Guillen, que no quisiera conocerme, y otros amigos, estudiantes todos, que consumíamos en cinco noches nuestras mesadas de treinta días. Tú te hiciste amigo nuestro, y con una generosidad que no sabremos nunca agradecerme nos adelantabas quince por treinta, nos dabas la mitad de nuestras asignaciones para tomar la suma doble quince días después, y además nos ayudabas a gastar alegremente aquella triste mitad que recibíamos de tu mano; eras nuestro banquero.

—Conozco, exclamó Matusalem, la ingratitud del corazón humano. Teniais siempre mi bolsillo abierto, os saqué de muchos apuros, no podiais vivir sin mí. ¿Os daba?.... entonces era yo el hombre más generoso de la tierra; pero trataba de cobrar, y me regalabais un insulto por cada duro.

—Eres injusto, porque entonces te pusimos el venerable nombre de Matusalem; la tribu te aclamó por su patriarca. Te hubié-

ramos puesto Rostchild, pero nunca pudimos saber tu edad, y por lo empedernido de tu corazón, por la dureza de tu malicia, por lo inflexible de tu egoísmo y por el aspecto fósil de toda tu persona, calculamos que ya habrias vivido novecientos años; por eso te pusimos Matusalem.

—Broma estúpida, dijo Matusalem con aire furioso; broma de malísimo gusto, que tú has tenido la gracia salvaje de extender por todo Madrid, y que me habria hundido, si mi presencia de ánimo no hubiera hecho frente al ridículo con heroica grandeza. Tu maldad ha sido inútil.

—Me alegro.

—En fin, ¿quieres ser rico?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tú lo eres.

—No tener dinero es no tener vergüenza.

—Cuando un hombre como tú se ve mimado por la fortuna, la fortuna es una ignominia.

Matusalem se encogió tan expresivamente,

que sus hombros puntiagudos llegaron á tocar en las alas de su sombrero. Miguel prosiguió con afable sonrisa:

—En una sociedad donde tú vives, donde todo el mundo te da la mano y te sonríe, donde todas las puertas se te abren, donde tú eres un hombre útil, necesario, ameno, agradable, simpático, hasta virtuoso, los hombres como yo deben sepultarse en el fondo de la miseria para no exponerse al deshonra de partir contigo la celebridad.

—Aunque de esa boca sonrosada no han salido nunca más que disparates, empiezo á sospechar, dijo Matusalem, que estás completamente loco.

—¡Loco! exclamó Miguel moviendo la cabeza.

—Sí, loco, repitió su amigo. Yo creí que acabarias en San Bernardino, pero ya me parece que acabarás en Leganés; estoy seguro de ello. Te caería admirablemente una camisa de batista; pero más tarde ó más temprano tendrás que resignarte á sufrir la *camisa de fuerza*.

La sonrisa de Miguel se apagó en sus la-

bios como una luz que recibe de repente un soplo inesperado.

—Loco, exclamó, porque desprecio á la sociedad en que tú vives, triunfas y gozas.

—Infeliz, exclamó Matusalem con desdñosa compasion; ¿qué locura más grande hay en el mundo que la estupidez de no querer ser rico? La miseria te ha derrétido los sesos. Insensato, ir contra la corriente es ahogarse.

—Pues bien, me ahogaré.

—Ahógate enhorabuena.

—Sí; porque prefiero la locura de mi pobreza á la embriaguez del oro.

—A lo ménos, tu locura es original; de seguro eres el único caso de semejante monomanía; hay quien tira el dinero por la ventana, pero no conozco á nadie que lo vea en medio del arroyo y no lo recoja.

Matusalem examinaba atentamente la fisonomía de Miguel, que parecía bañada por una nube de tristeza, ofreciendo esa seriedad que se esparce en el semblante del hombre cuando el alma cae en la profunda oscuridad de alguna duda; observaba que balanceando-

se sobre las piernas, daba á su cabeza el movimiento indeciso del hombre que vacila, y veía, sobre todo, que permanecía silencioso, como si no tuviera nada que replicarle.

Entónces le tendió la mano y le dijo :

—Todas las atrocidades que has hecho conmigo te las perdono, y voy á pagar tus ingratitudes con un nuevo favor. ¿Me oyes?

—Habla, contestó Miguel.

—Leo en tu cara como en un libro, y no puedes ocultarme la lucha que has entablado contigo mismo; tu fisonomía demasiado joven, no ha aprendido aún á ocultar las emociones de tu alma, y no sabes qué hacer entre tu terquedad y tu miedo.

—Explicate.

—Es bien sencillo; es el fenómeno de todas las demencias incipientes. Conoces tu locura y no aciertas á desecharla. ¿Me comprendes?

—No, no te comprendo.

—Pues mira, te has obstinado en ser pobre y te aterra la idea de volverte loco.

—Bien, ¿y qué?

—¿Qué?... que esa obstinacion es tu lo-

cura. Vacilas entre el esplendor de un palacio y los horrores de un manicomio, entre perder tu pobreza ó acabar de perder el juicio. Y tú..... te conozco muy bien, ó te haces rico ó te vuelves loco..... ¿No te decides por ninguna de las dos cosas?..... entónces no te queda más que un recurso, uno solo.

—¿Cuál?

—¿Cuál?... morirte.

Y como si ésta fuera su última palabra, soltó la mano de su amigo y emprendió la retirada en precipitada fuga.

Miguel lo dejó escapar, como suele el gato dejar escapar al raton que tiene entre sus uñas, sólo por el placer de volver á cogerlo; así es que ántes de que pudiera dar diez pasos, sintió sobre el hombro un peso enorme, volvió la cabeza y se encontró con la cara de Miguel, no triste y pensativa, sino con aquella cara terriblemente risueña y cruelmente burlona con que le jugaba las malas pasadas.

Matusalem tembló al verse cogido de nuevo, y sin poder contener su enojo, exclamó, deteniéndose :

—Vamos á ver..... ¿qué quieres?

—Quiero que me expliques, tú, que todo lo sabes, cómo puede morir un hombre que no tiene sobre qué caerse muerto.

—De una manera muy sencilla, que me asombra cómo se ha escapado á tu penetración. Se toma un cordel fuerte, fino y suave, se enrosca en círculos iguales, de modo que haga el ménos volúmen posible, y se esconde en el fondo del bolsillo. Hecho esto, coges el sombrero y te diriges á un sitio apartado y solitario, donde encuentres la sombra tranquila de un árbol generoso que te ofrezca sus brazos, trepas á la mayor altura posible, anudas tu cordel á la rama más vigorosa, haces una lazada, cuyo nudo se escurra fácilmente. A tí, que eres capaz de meter la cabeza por una pared maestra, te será sumamente fácil meterla por esa lazada, lo haces así, y sin más preámbulos te lanzas, y como todo está previsto, te quedas suspenso en el aire entre el cielo y la tierra..... Así deben morir los que no tienen sobre qué caerse muertos..... ¿Quieres ser pobre?..... pues bien, ahórcate.

—Reconozco la superioridad de tu talento, y confieso ingenuamente que hoy estás inspirado. No cambiaba por nada en el mundo el placer que experimento al oírte..... Sigue..... sigue.

Matusalem prosiguió de esta manera:

—Es muy posible que conserves el juicio, á pesar de tu pobreza; pero, ¡infeliz! ¿quién ha de creer que eres pobre por tu gusto?..... ¿A quién le vas á meter en la cabeza que prefieres vivir en una bhardilla, pudiendo vivir en un palacio? ¿Cómo harás creer, desdichado, que vas hecho un Adán, sólo porque no quieres ir hecho un príncipe? No te creeran, y serás un sér ridículo, y si llegan á creerte, serás un loco á los ojos de las personas sensatas que incurran en la locura de creerte.

—Estás terrible, querido Matusalem. Tu lógica me confunde, y te aseguro, viejo abominable, que me siento en este instante inclinado á ser millonario; pero ¿cómo podré serlo?

—Siéndolo.

—No quieres que robe, porque tú eres

un criminal honrado; no quieres que trabaje, porque el trabajo es una felicidad, pero no es una fortuna. ¿Qué quieres, pues, que haga?

—Óyeme..... eres jóven, eres hermoso y no eres tonto; pues bien, tu juventud es oro, tu belleza es oro, tu talento es oro.

—¡Miserable! exclamó Miguel indignado, ¿quieres que venda mi juventud, mi belleza y mi talento?

—No, contestó Matusalem; no quiero que vendas ni tu talento, ni tu hermosura, ni tu juventud..... pero ¿de qué te sirven?..... ¿para qué las quieres?..... son tres fincas que constituyen todo tu patrimonio..... no las vendas, pero alquílalas.

—¿Quieres que me envilezca?

—¿Con que, es vileza hacer útil lo que nos pertenece? ¿Con que, no tienes tú derecho á explotarte á tí mismo? ¡Ah! tú no sabes economía política, eres un ignorante embrutecido. Tu juventud, tu belleza y tu talento son tres capitales; dalos á rédito, cobra el triple interes de esas tres fortunas, y ríete del mundo..... Ea, ¿quieres que yo te administre?

Miguel abrazó estrechamente á su interlocutor, diciéndole con acento lleno de ternura:

—¡Ah Matusalem! siempre te he aborrecido, pero ahora, tú no sabes cuán cariñosamente te detesto.

Matusalem se deslizó como pudo de los brazos de su amigo y le dijo:

—Quita; eres brutal hasta en tus afectos..... Y á pesar de todo, te quiero como quiere el lapidario al diamante en bruto..... Tú, vestido y perfumado, con esos ojos llenos de inocencia, esa sonrisa llena de malicia y esa cabeza llena de inteligencia, *harías furor*, y hacer furor, es hacer dinero..... Se disputarian tus obsequios las damas más encopetadas, elegirías á la más rica y serías el Dios de los salones; pero tú no tienes corazón..... Harías en el mundo un gran efecto.

—Es tarde..... por ahí la fortuna no debe venir á buscarme, porque se encontraría la puerta cerrada.

—Eres terco como un guarda-canton..... pero te rendirías al fin; nadie se resiste á una mujer hermosa que lleva delante cincuenta

mil duros de renta; digo más: con veinte y cinco millones de capital no hay mujer fea en ninguna parte del mundo..... Conozco yo una.....

—Es inútil..... Matusalem..... ya estoy enamorado.

Matusalem soltó la carcajada.

—Lo creo, lo creo, dijo; eso entra perfectamente en el orden insensato de tus ideas..... Un trovador sin camisa, un Oteló sin zapatos..... ¡Enamorarse!..... ¿y de quién?..... de alguna mujerzuela digna de tí; porque desde ese gaban ignominioso y bajo ese sombrero depresivo no habrás ido á poner los ojos en ninguna persona decente.

—Estoy enamorado de mi pobreza.

Al lector le parecerán raros estos personajes, y á mí tambien me lo parecen; pero no debo alterarlos, porque así es como han llegado á mi noticia, y yo no hago más que contar lo que sé, de la mejor manera que puedo.

Lo raro de uno y otro carácter consiste en que Miguel no quiere ser rico y en que Matusalem está empeñado en que lo sea:

dos cosas inverosímiles, que el lector se resistirá á creer, pero que no son por eso ménos ciertas; en lo demas son como el resto de los mortales.

La conversacion que acabo de bosquejar se habia entablado muchas veces entre uno y otro, siempre en los mismos términos.

Matusalem huia de Miguel, porque la presencia de éste era para él el anuncio seguro de alguna catástrofe; siempre que se encontraban le sucedia á Matusalem alguna desgracia, y á pesar de esto, y quizá por esto mismo, cuando trascurria mucho tiempo sin que se encontráran, Matusalem sentia cierta inquietud, cierto vacío, como si le faltara algo. Las crueldades de Miguel habian llegado casi á serle necesarias. Por otra parte, le era imposible deshacerse de tan terrible enemigo; era un sér oscuro, desconocido, insignificante, que lo heria en la sombra, mientras él era una persona conocida, casi popular, en los más elevados círculos de la buena sociedad. Poseia un conjunto de medianías que lo ponian á cubierto de la envidia: era medio rico, medio políti-